

EL PENSAMIENTO EUROPEO ACTUAL Y LA UNIDAD DE EUROPA (*)

EUROPA es una materia sumamente delicada. El europeo con alguna sensibilidad histórica se estremece casi siempre que se pone la mano sobre ella para bien o para mal, quiero decir con mejor o peor intención, y no menos cuando se proyecta sobre su realidad con frivolidad o apresuramiento esa peligrosa sustancia que son las ideas. Como el pensamiento es también asunto sobrado espinoso y todas las precauciones son pocas para tratar de vida intelectual, se comprende sin demasiado esfuerzo con qué temor a errar y a que el error sea grave entro en este tema, en el cual el riesgo que envuelve cada uno de sus dos términos se multiplica por el otro, y que resulta así aventurado y problemático en segunda potencia.

Pero como, por otra parte, nada hay más europeo que el gusto por el riesgo, sobre todo cuando verdaderamente es arriesgado, es decir, cuando es responsable, y casi nada europeo me es ajeno, voy a intentar seguir a la vez la doble norma de dos grandes de Europa: el que nos incitaba a atrevernos a saber y el que nos recomendaba tener el valor de equivocarnos.

I.—EL HABER INTELECTUAL DE EUROPA Y LAS IDEAS NACIONALES

Lo más característico de la cultura europea es su origen pre-europeo. Ha nacido de un fondo previo anterior a su existencia y muy complejo, cuyos ingredientes principales son Grecia, Roma

(*) Este ensayo fué leído en el Seminario de Europa de este Instituto de Estudios Políticos durante el curso de 1949-50.

y el cristianismo. Esto quiere decir que antes de haber Europa, en el sentido histórico de esta expresión, que es el que aquí interesa, estaban dados ya sus supuestos intelectuales, de los cuales se ha nutrido y que han condicionado su destino entero. Y éstos son, claro es, comunes a toda Europa, independientes de la génesis más o menos azarosa de sus diversas nacionalidades. Ningún país europeo ha inventado originariamente su cultura, sino que ésta, en su torso general, ha preexistido a todos, y germinalmente incluso a su conjunto.

Y cuando Europa ha empezado a tener realidad histórica, es decir, en la Edad Media, ha funcionado en la mayoría de los órdenes, y desde luego en el intelectual, de manera unitaria; no sólo en virtud de esos supuestos comunes condicionantes, sino por la índole social de los grupos creadores del pensamiento europeo, y también por la otra forma de cultura con que se ha enfrentado dialécticamente: el Islam. Porque, de un lado, el pensamiento islámico estaba en situación análoga respecto de la cultura antigua, en especial helénica, y de otro lado la oposición cristiandad-Islam y su interacción ejercían por ambas partes una función unificadora. La primera forma existente de pensamiento europeo era la resultante de la reacción creadora de la nueva situación histórica que llamamos Europa frente a la triple tradición greco-romano-cristiana; esa forma inicial es la que se enfrenta unitariamente con la islámica y queda penetrada —no importa precisar en qué medida— por ella: la nueva aportación tiene también un carácter común. El hecho de que algún país como España se haya visto impregnado en mayor medida por lo árabe no debe hacer olvidar que se trata sólo de una diferencia de grado y de extensión de esa influencia a las zonas de la vida cotidiana; pero esa impregnación es general y relativamente homogénea, sobre todo por lo que se refiere al pensamiento; basta con recordar lo que ocurre con la Escolástica, Dante y la mística cristiana europea.

Por último, cuando desde el final de la Edad Media, sobre todo desde el siglo xv, Europa ha empezado a ser *nacional*; cuando la peculiaridad de las naciones ha comenzado a tener un papel decisivo y el uso normal de las lenguas vulgares ha alterado hondamente la situación anterior, todavía las minorías intelectuales de todos los países han sido antes que nada *europeas* y han estado unidas, por encima de las escisiones nacionales, en una peculiar *convivencia* fragmentaria, pero no por eso menos efectiva: la de

La *vida* intelectual. En el campo del pensamiento ha persistido, pues, durante siglos el momento unificador dentro de la Europa escindida en nacionalidades.

La consecuencia de estos hechos elementales, que he querido recordar telegráficamente, es ésta: que la máxima porción del haber intelectual de los europeos pertenece a Europa y no a sus naciones particulares. Las escasas partes de ese pensamiento que tienen clara filiación nacional carecen de autonomía: son simplemente matices aportados por los diversos países a un todo común, de importancia muy limitada si se comparan con el conjunto; pero hay algo más importante, y es que esas mismas aportaciones son insustantables desde el punto de vista del pensamiento, porque sólo tienen realidad intelectual como elementos de una forma de cultura cuyas líneas esquemáticas y cuyos contenidos principales son inequívocamente europeos. Parece, pues, plenamente asegurada la unidad de Europa por lo que toca al tema de este estudio: el pensamiento europeo en su figura total. Y sin embargo...

II.—EL NACIONALISMO INTELECTUAL

Es un hecho notorio que la cultura europea moderna tiene marcado carácter nacional. Se habla con perfecta razón de las diversas literaturas nacionales, tan ligadas a las lenguas respectivas; de la pintura italiana o flamenca, de la filosofía alemana, el teatro inglés o la mística española. Esto tiene plena justificación: las naciones son una profunda realidad histórica, y en ellas, sólo en ellas se ha realizado el ser europeo; porque después de afirmar que todos nosotros, sin distinción, somos europeos, hay que agregar con no menos energía que europeos sin más no han existido nunca. El modo concreto y real de ser europeo es ser francés, holandés o austriaco, y sólo se puede vivir en concreto; el pensamiento sólo tiene raíces cuando emerge de las formas de la vida efectiva, cuando está condicionado por la situación precisa en que se encuentran su creador y aquellos que tienen que vivir de él. «Queremos la interpretación española del mundo», decía Ortega ya en su mocedad. Esta actitud, análogamente repetida en cada uno de los países europeos, no sólo es legítima, sino absolutamente necesaria. ¿Es esto una justificación del nacionalismo intelectual?

Dejando de momento sin respuesta esta pregunta, hay que reconocer que a ese nacionalismo se ha llegado por diversos caminos. Los primeros y más profundamente actuantes han sido el «tradicionalismo» y lo que podemos llamar el «separatismo europeo». El mecanismo de ambos es bastante sencillo. Consiste, por lo pronto, en que cuando existe cierta continuidad de pensamiento en un país, y, por tanto, un pasado al que referirse, se produce una alteración en la función de ese pensamiento: en lugar de considerarse que su misión primaria es entender las cosas y dar razón de ellas, se cree —o se aparenta creer, según los casos— que lo importante es empalmar con ese pasado particular y exaltarlo, nutrirse de él y descubrir en él las soluciones más bien que en las cosas, lo cual implica, claro está, la creencia de que éstas están ya resueltas, a saber: en ese pretérito nacional. Esta actitud tiene una consecuencia doble; en primer lugar, la esterilización —al menos relativa— de ese pensamiento en la medida en que, de un lado, reduce su problematismo, por tanto, su carácter perentorio y urgente, y de otro lado limita voluntariamente sus recursos; en segundo lugar, la tendencia a subrayar lo diferencial de cada nación, a prescindir de las demás en cuanto sea posible y tratar de vivir «de las rentas»; a esto es a lo que he llamado «separatismo europeo».

El paso siguiente se da después de la Revolución francesa. El orgullo nacional, en forma distinta de la anterior, se convierte en principio político y conduce a su versión negativa: el odio —en ocasiones el desprecio, que es una de sus formas— entre naciones. Entonces las cosas son aún más agudas, porque no se trata ya de prescindir de lo exterior, sino de oponerse a ello; se hace una selección entre las ideas y las doctrinas, incluso entre los temas, y se considera que unos son propios, y, por tanto, valiosos, mientras que los otros son ajenos y vitandos. La nacionalidad permite ya en cierta medida predecir qué piensa y sobre qué cuestiones el intelectual, como el color del hábito solía predeterminar las ideas teológicas. La forma extrema de esta actitud, la que se da en nuestro tiempo, es el politicismo; la idea de nación, que al fin y al cabo responde a una realidad históricosocial plena y efectiva, aunque parcial y no absoluta, queda violentamente identificada con una ideología más o menos arbitraria y exasperada, que sólo representa un abstracto o extracto enrarecido de la nación. De ahí el carácter especialmente virulento y agresivo del nacionalismo intelectual en los últimos decenios, que en los países de menos densi-

dad pierde dramatismo para ganar petulancia provinciana frente a «lo extranjero». Los extremismos tienen siempre una ventaja: al llevar las cosas a sus últimas consecuencias suelen hacerlas insostenibles y provocar así el comienzo de su curación; creo que se está iniciando la convalecencia. Pero no se olvide que nada es tan peligroso como las recaídas.

Todo esto ha producido una evidente obturación de la vida intelectual en la mayoría de los países. El intento de vivir de lo propio ha angostado sobremanera el horizonte y ha dado un aire casero al pensamiento de Europa, que siempre fué lo contrario. Se ven con demasiada frecuencia libros franceses o ingleses o alemanes que pretenden exponer una disciplina como si sólo en su país se hubiese tratado; índices onomásticos en que brillan por su ausencia los nombres más ilustres de otras naciones; discusiones interminables y ridículas sobre doctrinas sin la menor importancia acerca de cuestiones que están tratadas con incomparable profundidad o acaso resueltas al otro lado de la frontera. Los ejemplos están en la mente de todos. De esta manera las naciones han ido convirtiéndose en espacios confinados donde se manipulan ciertas materias primas mentales de origen nacional para conseguir una industria autárquica, con vistas al consumo interior y en algunos casos a la exportación a ciertos mercados exteriores. Pero todo esto supone falta de autenticidad del menester intelectual; olvido, en suma, de que la función propia del pensamiento es averiguar lo que las cosas son.

III.—LA IMPOSIBILIDAD DEL NACIONALISMO

¿Es sostenible esta situación? Hay muchos indicios de que se ha llegado al límite de lo que la realidad misma tolera, porque cuando se hace violencia a la estructura de las cosas son primero las personas las que se resisten o reaccionan; pero hay un segundo momento, que es el decisivo, en que son las mismas cosas las que no toleran más e imponen, no su voluntad, sino algo más grave e inapelable: sus exigencias. Aquí sólo puedo enumerar brevísimamente algunos de los hechos que están haciendo imposible la perpetuación del nacionalismo intelectual.

En primer lugar, la conciencia de «ignorancia» y «atraso» en que han empezado a caer los especialistas de casi todas las disci-

plinas. Todavía es posible ver un grueso tratado francés de psicología, por ejemplo, en que no aparecen ni siquiera los nombres de Dilthey, Brentano, Köhler o Koffka; pero también puede verse un volumen alemán análogo en que se buscaría en vano la menor alusión a Ribot, Bergson, Dumas, Janet o Lévy-Bruhl, y así en innumerables casos. En muchos libros se intenta hacer ciencia a base de la bibliografía nacional; claro está que si se mira bien los autores citados han nutrido su saber con el de Europa entera, pero este hecho permanece oculto y de paso ese saber queda en el libro en cuestión mediatizado y como de segunda mano. Hace algunos años que se ha empezado a sentir inadmisibile esa actitud, y hoy en casi todos los países europeos están enterándose con cierto apresuramiento de lo que se sabe y se piensa en los demás. Conste que España había pecado quizá menos que ninguna otra nación en este punto en este medio siglo que va terminando, y ahora le toca más bien que se enteren de ella, como está empezando a suceder.

Pero la necesidad de «estar al día» no es la única ni la más profunda de las causas de superación del nacionalismo intelectual. Las naciones europeas han empezado a sentir una creciente desconfianza en sí mismas. La mayoría de los hombres de Europa se sienten desorientados y perplejos; al volver los ojos en torno encuentran equipos ya conocidos que proponen con el mismo gesto idénticas soluciones, en las que nadie acaba de creer en serio. Se han palpado las limitaciones, se ha experimentado en horas de gravedad que en rigor no se sabe a qué atenerse. A la petulancia ha sucedido la conciencia de crisis, la incertidumbre; tal vez el desaliento.

Como la opinión pública de casi todos los países —sobre todo de los grandes— vivía adormecida por la creencia en su superioridad y suficiencia, como se confiaba en que bastaba con lo nacional y se solían tener ideas extremadamente vagas de lo que ocurría efectivamente más allá de las fronteras, a esa situación negativa que he mencionado se agrega hoy la sorpresa ante el exterior, en la medida en que va penetrando. Las generaciones más jóvenes están realizando el descubrimiento de «los demás»; empiezan a caer en la cuenta de que el desconocimiento en que se ha vivido hasta ahora era grotesco; se sienten, no sin rubor, «provincianos». Y de esta emoción penosa, pero sana, espero que se pueda pasar, perdiendo el rubor, a otra a la vez modesta y orgullosa: la con-

ciencia de «provinciales», de pertenecientes con plena dignidad y con limitación a una provincia del viejo solar europeo, que convive con las demás y no tiene manía de grandezas ni pretende suplantar al conjunto.

Por último, la gravedad de los problemas, la convicción de que son apremiantes y difícilmente manejables y la pérdida de la autoridad intelectual en la mayoría de los titulares de esta función, en algunos casos por lo que han callado, con mucha más frecuencia por lo que han dicho, todo ello ha determinado una situación apurada, ante la cual no cabe otro recurso que dejar de hacer gestos y ponerse en serio o «formalizarse». El europeo se siente náufrago; desde luego, en un mar de dudas, pero además son éstas de tal índole que le parece sumamente probable ver cómo en cualquier momento le va a faltar el suelo bajo los pies, en el sentido más contundente y material de la expresión. A medida que esta convicción lo va penetrando el europeo se siente en la necesidad de dejar de lado sus manías, sus vanidades y sus petulancias para echar mano de todos los recursos efectivos, vengan de donde sea, y «formar el cuadro». Esta es precisamente la situación a que se ha llegado en los últimos cinco años.

IV.—LA REINTEGRACIÓN DE EUROPA

Se impone, pues, la reintegración de Europa en el orden del pensamiento, que es lo que aquí nos interesa. Pero hay que advertir primero que no es cuestión de preferencias o deseos, sino de estrictas necesidades objetivas; esa reintegración podrá hacerse o no, porque la Historia es siempre problemática, pero es necesaria y está postulada por las cosas mismas; en segundo lugar, si bien se trata de pensamiento y de sus requisitos intrínsecos, no es asunto meramente intraintelectual, porque el pensamiento no lo es, y en ello está complicada la realidad íntegra de Europa.

Se está restableciendo —antes aludí a ello— la relación, si no la convivencia, todavía difícil, entre las minorías intelectuales de Europa; pero este nuevo hecho difiere de la aproximación iniciada hace treinta años en dos cosas. La primera que aquel acercamiento de los intelectuales estaba determinado sobre todo por exigencias e intereses de su propia labor y por complacencia y fruición en ella; se caracterizaba, pues, por una cierta holgura

y una acusada independencia del contorno social. La segunda que el intelectual sentía fuertemente la tentación de considerarse desligado, de ver como accidental y muy secundaria su pertenencia a una nación concreta, desde luego como algo que tenía muy poco que ver con su obra; los profesionales de la inteligencia creían, por lo general, que eran intercambiables, al menos en principio: cosmopolitas o ciudadanos del mundo; por lo pronto, del mundo de la inteligencia.

Hoy las cosas son distintas por ambas partes. La nueva aproximación intelectual tiene su punto de arranque más que en el ejercicio mismo de la inteligencia en la evidencia de que, por diversas razones históricas, es urgente. Está menos amenazada por la frivolidad y el juego, pero quizá a costa de algo que es también esencial: la fruición deportiva en ese ejercicio. Como consecuencia de ello actúa vivamente en los equipos intelectuales su relación con la sociedad a que pertenecen, tanto en el sentido de recibir sus presiones como de tener sobre ella ascendiente o prestigio; claro es que nada expone más a carecer de él que el quererlo demasiado; en estos años se han visto en muchas partes reiterados intentos de imponer a la opinión, con los recursos enormes del Poder público o de grandes fuerzas sociales, individuos o grupos de individuos dedicados más o menos realmente al quehacer intelectual; el resultado —uno de los pocos síntomas confortadores que puede anotar el europeo actual— ha sido casi siempre punto menos que nulo, absolutamente desproporcionado con los medios puestos en juego; apenas se ha logrado imponer en la estimación pública a nadie que no lo justifique, y en los casos en que los «beneficiarios» de esas presiones han sido hombres de valía, a la larga su figura social ha quedado más bien disminuída por ello.

Pero lo más grave es la segunda parte de la cuestión, la que se refiere al cosmopolitismo. Uno de los conceptos más eficazmente estudiados por la filosofía actual es el de *situación*, y la línea general de sus hallazgos ha conseguido una amplia vigencia. Hoy el intelectual y su público sienten, quizá confusamente, pero con toda energía, que están condicionados por una situación concreta, a la que ni pueden ni deben escapar. El intelectual aparece, pues, adscrito a su tiempo y a su lugar en el mundo no como un mero aparato mental que funciona en el vacío. Se siente, por tanto, como radicalmente perteneciente a una época, a una sociedad; de un modo más preciso, a una nación. No parece indiferente ser es-

pañol, francés o alemán, sino todo lo contrario: el destino individual inexorable. ¿Será esto una recaída en el nacionalismo? No, porque el destino es lo contrario de lo que es el sustrato de todos los nacionalismos: la creencia de que pertenecer a una nación es una gracia o un frívolo privilegio. Y además, al analizar en su totalidad la situación en que se encuentra, el intelectual descubre con igual rigor que su adscripción nacional su ineludible pertenencia a una comunidad más amplia. Ni «nacionalismo» ni «internacionalismo» como indiferencia, sino articulación precisa de lo nacional (de cada nación determinada) con lo supranacional (por lo pronto, europeo). En esta forma se nos presenta hoy como empresa apremiante la reintegración intelectual de Europa.

Claro está que semejante empresa no carece de dificultades. Tropieza con obstáculos de mucho alcance, que pueden muy bien hacerla imposible. Me limitaré a enumerar algunos en la forma más concisa posible. Tal vez el que significa una amenaza más general, si bien no la más profunda, es el utopismo; me refiero a un fenómeno doble, cuyos dos componentes son muy conexos, y que consiste, de un lado, en creer que la unidad intelectual europea se restablece mágicamente con sólo deseársela o a lo sumo proclamarla, sin darse cuenta de que hacen falta largos y tenaces esfuerzos para recrear o crear de primera intención todo un sistema de usos europeos sin los cuales todo sería vano, y de otro lado, en la falta de precisión acerca de los límites de Europa: ¿en qué medida pertenece a ella Rusia y toda la Europa oriental? ¿Hasta qué punto hay que tener en cuenta o no los países extraeuropeos —América, los Dominios británicos— dependientes intelectualmente de Europa, al menos hasta cierta fecha, y hoy con cierta problemática pretensión de independencia?

El segundo obstáculo es el politicismo. Es éste un fenómeno gravísimo de nuestra época, sumamente complejo y que consiste en una desorbitación del papel de la política, que es siempre secundario, hasta ponerla en primer plano. Aquí sólo quiero tocar la vertiente que mira hacia nuestro tema. Podríamos decir, para usar pocas palabras, que el politicismo trata de imponer una unificación *condicionada*. Quiero decir que así como en el orden histórico-social, en el primer lustro de este decenio se nos hacía insistente propaganda de lo que se llamaba «nuestra nueva Europa continental» —fórmula en que ninguna de las palabras tiene desperdicio—, y en el segundo se nos propone una Europa unida,

pero que, además, sea socialista, en el orden intelectual se trata de reintegrar a Europa, siempre que sea en nombre de una ideología determinada o de una tradición particular, lo cual supone, claro está, prejuzgar la cuestión y entrar resueltamente en el dominio de lo ficticio.

Si se mira bien, probablemente se descubre en la aceptación de esos supuestos algo que afecta intrínsecamente a la situación social de la mente europea: la desconfianza en la inteligencia, la falta de fe en la función del intelectual, empezando, claro está, por él mismo. En lugar de atreverse a cuerpo limpio con los problemas, sin necesitar saber ya de antemano en qué va a parar la cosa, sin tener que amputarle el dramatismo y el riesgo a la faena, se suele preferir hablar largamente de cosas inseguras para ocultar con palabras su incertidumbre y dar por supuesto lo decisivo, aquello que justamente habría que poner en cuestión con la máxima radicalidad. No digo con esto, entiéndaseme bien, que todos los hombres y en todos los órdenes de su vida deban poner en cuestión las cosas decisivas; digo que esa es la función del pensamiento teórico en cuanto tal, y así hay que tomarlo o dejarlo. Es perfectamente lícito no ejercitarlo, pero no lo es tomarlo en hueco y suplantarlo por un remedo inocuo, que hace ademán de plantear las cuestiones que ya da por resueltas.

La última raíz de todo esto es el miedo a la verdad, nacido de la convicción de vivir en falso y no tener ánimo suficiente para afrontar la desorientación que implica de momento el poner en cuestión inexorablemente las cosas y no aquietarse sino con lo que se imponga como verdadero. Y tenemos que ver cómo esta dolencia radical de nuestro tiempo amenaza con volatilizar lo más importante y valioso del patrimonio intelectual de Europa.

V.—EL PATRIMONIO COMÚN EUROPEO

¿Cómo puede decirse esto? ¿No es más bien lo contrario? La cultura europea ha ido creando y acumulando un repertorio prodigioso de ideas, doctrina, estilos. ¿No es precisamente la actitud que pretende ponerlo todo en cuestión la que disipa y aventaja todo ese caudal atesorado a lo largo de tantos siglos? Al menos esto es lo que se nos dice con algún énfasis todos los días.

No estoy muy seguro de que las cosas sean exactamente así. Confieso que tengo algún temor a los fantasmas y que nada me produce tanta repugnancia como las recetas. No comparto tampoco el inmoderado afán de soluciones que algunos sienten. Primero porque no creo que todo tenga solución, y segundo porque me importa mucho que las soluciones, cuando son posibles, lo sean; es decir, que resuelvan efectivamente la cuestión y no la encubran simplemente, dejándola latente y enconada. Cuando los bienes que se poseen importan cuando se tiene que vivir de ellos, hay que estar en claro sobre su condición y estado. Hay que saber en qué consisten, y para ello es menester hacer inventario. Porque no basta con que existan ciertos materiales cuya calidad hace presumir que nos sirvan para orientarnos en nuestra vida actual: hay que preguntarse perentoriamente por la posibilidad y oportunidad de su utilización. Dicho con otras palabras, hay que averiguar con todo rigor de qué dispone Europa, cuál es, en últimas cuentas, su patrimonio intelectual común.

Para mí no ofrece duda que lo que Europa propiamente *tiene*, aquello que de verdad y en acto posee, es un repertorio de *problemas*. Los problemas, y no las soluciones, constituyen hoy nuestro haber común y han de ser nuestro punto de partida. Si intentamos definir con algún rigor nuestra situación —hace algún tiempo que lo hice con alguna minucia—, encontramos problematidad por todas partes. Porque incluso lo que son creencias, doctrinas o soluciones aparece dentro de un estado general de desorientación y perplejidad, y la articulación de ellas en la perspectiva entera de nuestra vida es también problemática. Podríamos decir, forzando la expresión, que las soluciones son hoy también problemas, y no los más leves. No podemos utilizarlas sin más, servirnos de ellas, sino hacerlas dar razón de sí mismas, es decir, justificar implacablemente su carácter y vigor de soluciones y obligarlas a funcionar después como tales, esto es, a articularse en el sistema total de nuestro problematismo. Nada, pues, es solución *sin más*. A nada se puede apelar automáticamente. Por desgracia o por fortuna —que esto es otro cantar—, la verdad sólo puede existir para nosotros *verificándose*.

Pero sería un grave error interpretar esta situación como meramente negativa, ni siquiera desde el punto de vista intelectual. Ello supondría falta de claridad sobre lo que es un problema, y

es la más urgente de todas. Los problemas no son meras *dificultades* o *ignorancias*; que envuelvan, en efecto, una dimensión de ignorancia y dificultad es una cosa; que se agoten en eso, otra bien distinta y errónea. Ante todo hay que tener presente que los problemas no son cualesquiera, sino que cada situación tiene los *suyos* —y hay que dar toda su fuerza a este posesivo patrimonial—; dicho de otro modo, a los problemas actuales se ha *llegado*, y en ellos está en forma operante y eficaz la historia de Europa. Son, para decirlo todo, la manera viva y dinámica de ser presente esa historia, mucho más que todo género de obras o soluciones, que son ya resultados, precipitados, formas siempre parcialmente *préteritas* e inertes. Si Europa no fuese lo que ha sido y es no tendría esos problemas; en ellos se encuentra, por tanto, a sí misma, y el volverles la espalda y darlos por nulos significa la forma más grave de deserción y olvido de sí propia.

Por otra parte, miradas las cosas desde el ángulo intelectual, los problemas no son nada negativo, sino todo lo contrario. Su existencia como tales problemas, su planteamiento es ya algo resueltamente positivo, de sustancia intelectual inequívoca. Nunca había logrado la filosofía tan clara conciencia de lo que es el problema y de hasta qué punto significa por sí solo una forma de saber y de teoría; tal vez porque nunca los problemas intelectuales habían sido tan insoslayables y auténticos, tan esenciales y decisivos. Empezar con los problemas no es, pues, comenzar en cero, sino empezar de verdad y en la forma adecuada a la condición misma de la inteligencia. Por esto la suplantación o desvirtuación de los problemas europeos es la más refinada traición a la sustancia de Europa y a la índole de la vida intelectual.

Justamente por haber perdido su carácter «*excepcional*» de otras épocas más cómodas, en que los problemas parecían zonas muy restringidas de inseguridad en un horizonte muy bonancible, los de hoy acusan con especial claridad su perfil y conexión y se presentan como un *sistema* coherente. Por esta razón todo lo que en el pensamiento europeo es auténtico aparece unificado por una comunidad de nivel —sean cualesquiera las divergencias de contenido—, de altura a la cual se toman las cuestiones, precisamente porque lo común, el verdadero factor de unificación europea, es el *problematismo* frente al cual se ejerce ese esfuerzo mental. Y por contraste, todas las formas inauténticas de *quehacer* intelectual

se caracterizan por una inequívoca dimensión de anacronismo y a la vez por un inmoderado afán de dar por resueltas desde luego esenciales porciones de ese horizonte problemático —unas en unos casos, otras distintas en otros—, esto es, de romper y desarticular su sistema, con lo cual se le quita al mismo tiempo su radicalidad y la posibilidad misma de su planteamiento efectivo.

Es menester, pues, reivindicar el sistema de los problemas europeos como nuestro bien común, como el patrimonio histórico, y, por tanto, actual y actuante, con que nos encontramos y con el cual tenemos que vivir. Esta y no otra es nuestra hacienda, es decir, nuestro *faciendum*, lo que tenemos que hacer, nuestra tarea o empresa, y a la vez, si recordamos el sentido originario del término, la *sustancia* misma de Europa. Pero así como no basta con que las cosas estén ahí para que las poseamos, tampoco es suficiente que los problemas estén erguidos frente a nosotros. Tenemos que tomar posesión de ese inquietante patrimonio, hemos de adueñarnos de esa hacienda problemática. ¿Cómo es esto posible?

Con esto tocamos el punto más delicado de la cuestión. Porque se advierte sin esfuerzo una perplejidad en lo que se refiere a las posibilidades concretas de una acción intelectual fecunda. No son pocos los síntomas de detención o disgregación del pensamiento incluso en los representantes más egregios de él. Además de los problemas de todo orden hay otro más: el de cómo operar con ellos. La certera sensibilidad para cada uno y para su conexión viviente y sistemática se une con demasiada frecuencia a una deficiencia de planteamiento que hace recaer en formas superadas o se evade hacia tendencias que en rigor renuncian a reducir las cuestiones a términos estrictamente conceptuales y las disuelven en meras descripciones, decisionismos o estados de ánimo. Esto significa una crisis metódica.

Y Europa ha sido siempre una genial inventora de métodos. La gran idea griega fructificó en el suelo europeo, donde siempre se ha sabido hallar hasta ahora el camino hacia las cosas, la vía de penetración en la realidad, sea ésta la que quiera, se presente en uno u otro escorzo. Por esto es sorprendente y alarmante la ola de irracionalismo que cubre a Europa, aunque si se observa con atención se advierte que no es en verdad más que la resaca: el menor de sus anacronismos. La génesis de este irracionalismo no es difícil de descubrir, y de ella me he ocupado más de una vez.

Parcialmente justificada, como todo lo que acontece, su causa determinante fué la visión aguda de la Historia y la consideración de la realidad humana. De esta situación nació hace cosa de un siglo el primer brote; a fines del siglo XIX, una nueva forma, que ya alcanzó cierta vigencia; en los últimos veinticinco años —ya a destiempo—, la tercera oleada, que a primera vista amenaza con sumergirnos. El arte y la política, que suelen ser madrugadores, llevaron el irracionalismo a sus últimas consecuencias, y nos han permitido ver su trayectoria conclusa. Pero su ejemplo, aun siendo aleccionador, no es suficiente, porque el arte es hoy problemático en un sentido aún más profundo, en cuanto a su posibilidad misma y a su función en la vida humana, y por lo que se refiere a la política las consecuencias positivas del fracaso de toda la que se ha hecho en los últimos años sólo podrán extraerse cuando se haya llegado a caridad en estratos de la realidad histórico-social más profundos que ella y que la condicionan. Es menester, pues, plantear la cuestión en la esfera de la teoría, en la filosofía misma, allí donde tiene plena radicalidad.

El instrumento que es dado al hombre para penetrar por sí mismo en la realidad es la razón. Pero la realidad es multiforme, y las formas particulares de la razón, cuya teoría ha elaborado Europa a lo largo de su historia, tal vez no son aptas más que para conocer aquellas facetas de lo real en vista de las cuales han sido pensadas. La petrificación de la razón en cualquiera de sus versiones parciales ha sido siempre la gran tentación al irracionalismo, el cual ha presentado a su vez diversos semblantes según de qué variedad de la razón procedía negativamente. Todos estos momentos históricos han sido crisis del racionalismo —de distintos racionalismos—, enmascarados bajo la apariencia de crisis de la razón. De todos ellos se ha salido cuando se ha logrado que la razón se depure e integre, que sea más razón, hasta el punto de poder dar razón de sí misma.

Este año acaba de cumplirse el tercer centenario de la muerte de Renato Descartes, acaso el nombre más representativo de Europa. Parece que estamos muy lejos de él, no sólo por los trescientos años que separan su fecha de la nuestra, sino más aún porque en él empezó de verdad lo que con nosotros termina: la Edad Moderna y lo que se ha llamado por antonomasia el racionalismo. Es cierto que hoy estamos muy lejos de opinar lo que Descartes pen-

saba, que tenemos a nuestra espalda los fracasos de buena parte de las empresas hacia las que Descartes ponía animosa y confiadamente la proa. Todavía más: en buena medida, lo que está hoy en crisis es el mundo inaugurado por Descartes, la forma de pensamiento de que fué principal autor; podemos decir para extremar la expresión que la solución cartesiana es hoy nuestro problema. Pero después de decir esto, que es estrictamente verdad, tenemos obligación de no quedarnos ahí, porque el hombre es el ente que en este mundo no puede quedarse en ninguna parte.

Si prescindimos del contenido concreto de la innovación cartesiana para retener sólo su estructura funcional, encontramos que consistió ante todo en recurrir de las ideas recibidas a las ideas evidentes, originadas en el individuo, y, por consiguiente, que encierra en sí mismas su justificación. Pero nosotros no podemos contentarnos con eso, sino que hemos de traducir ese esquema a nuestra situación actual. Tenemos que apelar de *toda* idea, de toda interpretación, a la nuda realidad. Y alguna vez he dicho que así como la duda fué en el cartesianismo el instrumento del regreso metódico de las ideas recibidas a las ideas evidentes, la Historia es el órgano del regreso de las interpretaciones a la realidad misma. En este sentido la lección de Descartes es íntegramente eficaz para nosotros, y nuestra situación, materialmente distinta y aun opuesta, es formalmente semejante. Podemos hablar de un «cartesianismo funcional», que sería el modelo de la tarea intelectual del siglo xx.

Con lo cual cerramos el círculo de estas consideraciones, que así suprime todo posible vicio. Ha sido la Historia la causa principal del irracionalismo dominante, de esos dos fenómenos, tan justificados e interesantes como turbios y equívocos, que se llaman el existencialismo y el historismo. Y como siempre, sólo puede superarse esa situación haciendo hincapié en ella, tomándola en serio y, en lugar de eludirla, llevándola a sus últimas consecuencias. Siempre he pensado que el historismo sólo se supera a fuerza de historicidad; hay que tomar la Historia en su integridad y en su realidad verdadera, que no se detiene en ninguna de sus formas pretéritas, sino que nos remite al presente, a nosotros mismos, y entonces se encuentra a la vez su estructura esencialmente sistemática y su intrínseca razón. Y como en los problemas europeos se encierra, como antes vimos, la historia de Europa, de la

que han nacido, su planteamiento adecuado supone la puesta en marcha concreta de la razón histórica. De este modo la fidelidad a la situación en que el hombre europeo se encuentra lo lleva ineludiblemente a contar con la realidad unitaria de Europa, vista desde la perspectiva concreta de su vida individual adscrita a su nación respectiva, y a la vez a encontrar la forma superior de razón que haga posible reanudar con eficacia la vida intelectual europea.

JULIÁN MARÍAS